

Para la hora del “Ángelus”.

Sábado, 21/03/2020

Algunas parábolas de Jesús causaron malestar y enfado a los dirigentes de su pueblo y a quienes se consideraban con derecho a que Dios tuviese más consideración con ellos que con los demás. Basta recordar la del “samaritano compasivo”, en la que contrapuso la actitud evasiva de dos servidores del Templo de Jerusalén ante un pobre hombre malherido por los malhechores con la reacción compasiva y generosa de un desconocido, que por ser samaritano, era despreciable para los judíos. Algo parecido ocurre con la que se propone como lectura evangélica para la Eucaristía de hoy: el fariseo y el recaudador de impuestos, que subieron al Templo a orar. Quien quiera leerla entera, la encontrará en el evangelio según san Lucas, 18, 9-14.

Los recaudadores de impuestos, también llamados publicanos, eran odiados por un doble motivo: porque recaudaban para el Imperio Romano y porque, además, eran corruptos: acostumbraban a cobrar más de lo debido y se quedaban la diferencia.

En la parábola, Jesús presenta a un fariseo, judío observante donde los haya, que hacía todo lo que estaba mandado y más, y por ello se consideraba justo. Daba gracias a Dios por no ser como los demás, y, de paso, despreciaba al publicano, que también había subido al Templo a rezar, y lo calificaba de pecador irrecuperable. El publicano, por su parte, sólo se atrevía a reconocer su mala vida y pedir perdón a Dios. Jesús dice que este segundo “bajo a su casa justificado”, pero el otro no, porque Dios es misericordioso, pero traga mal a los que piensan que son “buenos” por su propio mérito y les tiene que estar agradecido por ello. Jesús sabe que Dios ve el corazón y, en definitiva, que todo es gracia, también el esfuerzo que hacemos para ser buenos.

En estos días de confinamiento terapéutico que vivimos, hemos de cumplir las normas que nos han dado, por nuestro bien y por solidaridad con nuestros convecinos; y hemos de evitar una secreta convicción, que a veces se abre paso en nuestro ánimo: que Dios nos debe proteger más que a otros, porque para eso somos fieles observantes. Él quiere que todos nos curemos, y para eso hemos de poner cada uno nuestro grano de arena, pero haríamos mal si nos creyéramos con más derecho que otros a la salud. En este sábado, dedicado a la Virgen, pidamos confiadamente su intercesión, invocándola como “Salud de los enfermos”:

Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.

¡Salud de los enfermos!
Ruega por nosotros.